

Salgado, Mireya. “*Indios altivos e inquietos*”. *Conflicto y política popular en el tiempo de las sublevaciones: Riobamba en 1764 y Otavalo en 1777*. Quito: FLACSO, 2021. 265 pp.

Indios altivos e inquietos de Mireya Salgado nos acerca al mundo de las sublevaciones norandinas durante la segunda mitad del siglo XVIII, en pleno crepúsculo del régimen colonial. Nos sumerge en una casuística injustamente desdeñada por la inmensa mayoría de la historiografía interesada en la insurgencia indígena dieciochesca, obnubilada por la convulsa trayectoria de los Andes centrales que culminó con las grandes rebeliones de Túpac Amaru y Túpac Katari. Si bien es cierto, nos advierte Salgado, que en la Real Audiencia de Quito no se dieron estallidos de esa envergadura, también es verdad que un manto de silencio ha obliterado durante demasiado tiempo la plasmación que sobre ese territorio supuso el desafío de las poblaciones indígenas ante un orden social y político cuya legitimidad cuestionaban. De hecho, y salvo pocas pero notables excepciones —tales como la visión de conjunto de Segundo Moreno (2014) y las minuciosas monografías de Galo Ramón sobre Cayambe (1987) y Rosario Coronel (2015) sobre el corregimiento de Riobamba—, las investigaciones pasaban de puntillas sobre una conflictividad y unos repertorios subalternos que, con sus especificidades, muestran —y esa es una de las grandes contribuciones de este libro— “la apropiación y uso popular de los medios simbólico-ideológicos que sostenían el dominio imperial, para desorganizar las bases de la diferencia colonial y socavar la legitimidad misma de la dominación” (p. 238).

En el contexto secular de un escenario fluido caracterizado por los efectos zigzagueantes del reformismo borbónico, la crisis de la economía obrajera, la expansión hacendaria sobre tierras de comunidad, la migración de la fuerza de trabajo indígena a las ciudades —y su corolario, la expansión del forasterismo y el incremento de la porosidad étnica y la movilidad social—, los recurrentes intentos de la administración colonial por reordenar y viabilizar el pago del tributo y la mita fueron erosionando y deslegitimando el viejo orden que desde las reformas toledanas sustentaba la estructura de la dominación. Un proceso que, sin duda, hunde sus raíces mucho tiempo atrás (a remarcar el pleito contra Alonso Florencia Inca, corregidor de Ibarra, cuando en 1667 funcionarios y colonos hispanos le acusaron de irrespeto a la jerarquía ante la fastuosidad con que fue recibido entre los indios de la región de Otavalo en tanto descendiente de los incas. Un conflicto estudiado por Carlos Espinosa (2015) que revela ya la crisis del pacto colonial en que se sustentaba la pax hispana desde el mismo siglo XVI), pero que fue enconándose a lo largo de todo el XVIII hasta el desbaratamiento de la autoridad de numerosos caciques, cuestionada su capacidad de mediación ante la presión creciente sobre un sistema de legitimidad en franco proceso de desestructuración.

De todo el elenco de levantamientos y sublevaciones de los Andes del norte, Salgado centra la atención en dos que, por razones diferentes, resultan emblemáticos en

muchos sentidos: la rebelión de Riobamba de marzo de 1764 y la revuelta de Otavalo de noviembre de 1777. En ambos casos, advierte la autora, nos hallamos ante escenarios de alta densidad de población indígena e intensa actividad textil que, a lo largo de la centuria, se habían visto atravesados por procesos intensos de movilidad social, crecimiento de las haciendas y la consiguiente pérdida de recursos de las comunidades de tributarios. En el primer caso, con epicentro en la ciudad de Riobamba, los disturbios duraron unos días y se extendieron por las tierras altas del corregimiento. En ella participaron indios forasteros urbanos (ya no-tributarios ni contribuyentes a la mita); comuneros, mitayos y caciques hartos de la tensión a que eran sometidos por terratenientes y autoridades empeñadas en recaudar el tributo; curacas cansados de pleitear; así como sectores blanco-mestizos compradores de tierras de comunidad. El intento de convertir a los indios urbanos en llactayos (tributarios) mitayos, provocó el rechazo y la resistencia de la población forastera de la villa de Riobamba, que constituía una mayoría. A ellos se habrían unido aquellos blancos y mestizos compradores de retazos de superficies comunales que ahora debían devolver. Los llactayos, a su vez, incluidos algunos caciques, también se oponían porque habían participado de las ventas de dichas tierras. Derechos adquiridos, nuevas redes e identidades sociales emergentes se encontraban, pues, amenazadas con el nuevo orden borbónico que pugnaba por consolidarse.

A diferencia de Riobamba, la sublevación de Otavalo se dio en un contexto que carecía de un centro urbano español equivalente a la villa de Riobamba. En ese caso, además, la insurrección se difundió por todo el corregimiento y actuó simultáneamente en numerosos centros de acción ubicados en el espacio rural: los pueblos, las haciendas y obrajes, los caminos y los cerros. Mientras en Riobamba predominaron entre las cabezas de la sublevación indios ladinizados o forasteros habitantes de la villa, quienes habían incorporado códigos de la cultura dominante como parte de sus estrategias de movilidad social, en Otavalo, los capitanes de la sublevación fueron indios sueltos y conciertos, trabajadores de las haciendas y los obrajes, y numerosas mujeres, que fueron protagonistas de muchos de los actos más truculentos. Fue una revuelta muy sangrienta, con un manejo de la violencia ritual tremendo (descuartizamientos, cuerpos colgados insepultos durante varios días, etc.), en que jugaron un papel fundamental las cacas de Cotacachi. En un primer momento, el desencadenante fue el rumor de que la nueva numeración de indios ordenada por las autoridades era para imponerles la aduana, gravarles más y nuevos impuestos, marcarlos con hierros y vender a los niños como esclavos. A partir de ahí, se dio, a lo largo y ancho del territorio, una convergencia de motivos entre los sublevados: el descontento ante la eventual instalación de la aduana y el herraje de los indios, los repartos fraudulentos de algodón y los precios abusivos de los hilos por ellos procesados, así como las ataduras gravosas a las haciendas de indios tributarios. Se constata, además, un conflicto de largo aliento entre los intereses centralizadores de la Monarquía, la autonomía en la administración de poblaciones por parte de las élites blancas (terratenientes y obrajeros) y los caciques, cansados de presentar memoriales de agravios a las autoridades y en descrédito de su papel como mediadores.

Son justamente las diferencias en las acciones desplegadas en ambas sublevaciones, así como en los mundos simbólicos que las acompañaban, las que inducen a la autora a plantear que los sectores subalternos, “lejos de estallar irreflexiva y reactivamente en actos de violencia colectiva, construyeron distintos lenguajes y prácticas de protesta, en relación con los contextos sociales y culturales, y con los objetivos de las movilizaciones (p. 5). Aquí reside una parte importante del mérito de la pesquisa de Salgado:

su desvelamiento de la lógica de las estrategias subalternas en su aptitud para generar políticas-otras a partir de los recursos simbólicos hegemónicos, resignificándolos, re-interpretándolos y entretejiendo respuestas —no por violentas irracionales— en aras de poner en jaque un orden social ya caduco y sin posibilidad alguna de legitimación sin cambios. Ese reconocimiento de la capacidad de agencia de los sectores populares, anclado en un minucioso trabajo de archivo y lejos, por lo tanto, de esencialismos de corte culturalista, es lo que confiere al libro una pertinencia y una actualidad extraordinaria. Una capacidad de articular respuestas desde abajo que, conviene subrayarlo, ha sido reiteradamente silenciada desde los códigos y las interpretaciones del pensamiento dominante.

Fue Ranajit Guha (2002) quien, a partir de su mirada crítica sobre la historiografía de la India, señaló las maneras en que la construcción de las narrativas modélicas nacionales se constituye en una verdadera prosa de la contrainsurgencia, invisibilizando y apagando los discursos y las prácticas subalternas. En este sentido, Salgado nos recuerda cómo “la narración elitista de la nación interesada en prolongar la diferencia colonial” silenció esas voces alternas, diluyéndolas en un batiburrillo de “violencia esporádica y fracturada” (p. 237). De ahí que “las sucesivas interpretaciones de protestas y levantamientos indígenas que se construirían a partir del siglo XVIII”, terminaran “por anular a los indios como sujetos políticos relevantes” (p. 243). El otro gran mecanismo de silenciamiento fue la reducción de las protestas en el cajón de sastre de un supuesto universo indio homogéneo atravesado de comportamientos atávicos, irreflexivos, pre-políticos y espontáneos: los característicos de una indianidad difusa, esencializada y alimentada de un conjunto de clichés etnocéntricos que prescinden de la complejidad social, étnica y económica de esos conglomerados subalternos en ebullición en un mundo cambiante. Aquí es importante no olvidar lo simplificador que es generalizar sobre procesos que, pese a tener un mínimo denominador común semiótico —la cultura hegemónica y sus códigos simbólicos—, acontecen de la mano de colectivos humanos heteróclitos y sometidos a condiciones de dominación diferentes. Es ahí justamente donde carece de sentido aglutinarlos bajo el paraguas deformante de “lo indio”.

La mirada atenta de Salgado recorre los vericuetos de los legajos haciendo audibles las voces que los pueblan, trasciende los corsés cognitivos de los escribanos de la época y se constituye, así, en un potente antídoto frente a las visiones estereotipadas que diluyen el universo de hibridaciones simbólicas y resignificaciones semánticas constitutivas de una política popular compleja hasta ahora por desentrañar. Ese es uno de los objetivos explícitos de *Indios altivos e inquietos* que la autora resuelve con brillantez, rigor y gran honestidad intelectual. El libro, además, está escrito con un estilo ágil que convierte su lectura en un apasionante viaje a aquella lejana Real Audiencia norandina que, de la mano de Salgado, retorna al escenario de la buena historiografía —la que nos interpela sobre el presente— lejos de los cantos de sirena de modas académicas espurias.

Referencias bibliográficas

- Coronel, Rosario. *Poder local entre la Colonia y la República. Riobamba, 1750-1812*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar – Corporación Editora Nacional, 2015.
- Espinosa, Carlos. *El Inca barroco. Política y estética en la Real Audiencia de Quito, 1630-1680*. Quito: FLACSO, 2015

- Guha, Ranajit. *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Moreno, Segundo. *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la Colonia*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar – Corporación Editora Nacional, 2014.
- Ramón, Galo. *La resistencia andina. Cayambe 1500-1800*. Quito: Centro Andino de Acción Popular, 1987.

Víctor Bretón Solo de Zaldívar
Universitat de Lleida (España)
Código ORCID: [0000-0002-6537-1991](https://orcid.org/0000-0002-6537-1991)
victor.breton@udl.cat